

# Una generación huérfana

**Jairo Miguel Torres Oviedo**

Presidente del SUE Nacional, Colombia

*El pasado 11 de octubre, en calidad de presidente del Sistema Universitario Estatal participé en el “XIII Congreso Internacional Historia de la Educación Latinoamericana”; evento organizado por la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en la conferencia del maestro Boaventura de Sousa Santos. Uno de los sociólogos más importantes de nuestro tiempo; asesor de la comisión de la verdad, quien disertó sobre “la descolonización del saber y reinención del poder en tiempos de pandemia”; por ello, abordaré una de las tesis expuestas por el profesor Boaventura acerca del peso de la historia, de esa forma, contextualizarla en la realidad nacional. El peso de la historia es variable, hay periodos en los que la historia es pesada y en otros liviana. Los periodos pesados generan desalientos, resignación; al parecer, no podemos cambiar, no existen alternativas ni fuerzas que generen opciones. Las generaciones que viven en épocas donde la historia pesa poco, relativamente liviana; en ellas es más fácil pensar alternativas de futuro posible. Las generaciones que viven en periodos de historia liviana se denominan inaugurales; pero, cuando la historia es pesada, generaciones huérfanas. Un ejemplo de generación inaugural fue Córdoba en Argentina, que, con ideales y utopías sociales colectivas creo el Manifiesto de Córdoba como proyecto emancipatorio y de cambio social. Ante estos tipos de generaciones podríamos preguntarnos: ¿Somos en Colombia una generación inaugural o huérfana? Lo anterior, para hacer referencia a la generación que emerge a partir de los años 90; no solo en Colombia, sino a nivel global; una época de cierre, definida por Fukuyama como el fin de la historia, fin que significa cierre de una época; repetición. Un mundo sin posibilidades, un mundo sin futuro; lo que generó un periodo de la historia huérfano en comparación con las épocas anteriores.*

Para comprender lo anterior, basta revisar la historia colombiana y reflexionar, cómo la generación que antecedió a la década de los 90 se caracterizó por su ímpetu y liderazgo utópico para transformar; claro está, fue una época de amplia y masiva politización ideológica tendiente a materializar determinado modelo de sociedad que no fue posible; pero, condujo a toda una generación a una especie de exterminio; en unos casos planificado y en otros, como mártires. Cuando pensamos en lo que fue esa generación inaugural que vivenció Colombia y que las fuerzas oscurantistas y retardatarias de siempre impidieron su ejercicio, su capacidad intelectual y moral como opción transformadora y de cambio; podemos decir que, impidió desde la violencia y la guerra una generación inaugural, entusiasta y utópica que pudiera desplegar su potencial creativo e innovador; posiblemente, nuestro presente fuera distinto.

En estos mementos, donde la historia es muy pesada y nuestra generación esta huérfana de cambios, sin alternativas y fuerzas que la impulsen por un camino distinto al pesimismo,



a la narrativa del miedo, la desinformación y el desencanto; sobre todo, en estos momentos de polarización, satanización ideológica y mesianismos redentores.

*¡Cuánta falta hace la energía de esa generación inaugural marchita que no dejaron florecer!*

## Un liderazgo inaugural

En la columna anterior, me refería a que los colombianos hacemos parte de una generación huérfana, como resultado del peso de la historia; representado en las complejidades, ausencia de liderazgo, alternativas y salidas a los problemas estructurales que condenan al subdesarrollo. Lo anterior, no es una tesis resuelta, ni especulativa, sino que, la realidad social y la evidencia histórica lo testifican. En este sentido, es necesario que emerja una generación inaugural con liderazgo renovado, que impulse y propongan alternativas de cambio real. En las últimas dos décadas, el país centró la narrativa, el discurso político y la acción estatal, alrededor de la seguridad ciudadana como condición indispensable para lograr desarrollo y prosperidad social; efectivamente, esta narrativa se asentó en amplios sectores de la sociedad, que, por medio del ejercicio democrático validó esta narrativa y a sus representantes. Política de seguridad que permitió el control y eliminación de actores armados ilegales; incluso la negociación política, dejación de armas y desmovilización de estos. Pero, la realidad histórica y peso de la historia nos muestra que la narrativa de la seguridad continúa; no como eje cohesionante, ni articulador de la narrativa política actual. La ciudadanía se siente insegura, un sentimiento generalizado y expresado de diferentes formas: masacres, desplazamientos, eliminación de líderes sociales y ambientales, etc. Inseguridad que se acentúa con la ausencia de políticas sociales integrales en materia de empleo, salud, educación, saneamiento básico; entre otras. No hay quien atienda las necesidades de la población; especialmente, los más vulnerables, lo que se profundizó con la pandemia de la COVID-19; pobreza e indigencia; de igual forma, la informalidad laboral.

Todo lo anterior, es un escenario propicio que ahondó el caos social y la incapacidad institucional; pero a la vez, es un desafío a la institucionalidad y la dirigencia política para poder construir respuestas y alternativas posibles que respondan a esta realidad; lo que implica repensar el actual orden social y el proyecto de nación. En este contexto, los colombianos se inclinarán por las propuestas políticas que mejor salidas le den a la crisis social. Por ello, los partidos políticos tradicionales se equivocan cuando intentan mantenerse en el poder utilizando las estrategias del pasado; las mismas de siempre: el miedo, estigmatización, clientelismo, compra de votos... La ciudadanía está cansada e inconforme, exige propuestas serias; además, un discurso político que trascienda la polarización y el señalamiento.

Por consiguiente, la política tradicional ha creado las condiciones propicias para que, del sistema democrático emerjan las propuestas políticas alternativas que han venido surgiendo a través de coaliciones y acuerdos programáticos; propuestas políticas y sociales que interpretan y conectan con la realidad nacional y necesidades de la población; convertidas en opciones de poder real. Somos una generación huérfana, carente de liderazgos renovados que no trasciende el plano institucional de sus partidos, que no propone un cambio real. Solo piensan en las conveniencias burocráticas y un poder que les garantice los privilegios de siempre. Colombia necesita liderazgo inaugural, que interpreten, conecten y respondan al país con alternativas transformadoras.